

CONTEMPLATIVOS EN LA ACCIÓN

(*A propósito de la Espiritualidad Apostólica*)

Es una expresión que se la debemos al P. Jerónimo Nadal, jesuita, acuñada felizmente por él para sintetizar el ideal que el fundador de la Compañía de Jesús realizó y difundió a través de sus enseñanzas. Es la formulación que el P. Nadal da a lo que San Ignacio propone como **la oración integrada en la vida** y de la que da el fundamento en la “Contemplación para alcanzar amor”: **hallar a Dios en todas las cosas.**

Enseñaba lo que él practicaba intensamente en su vida: *“En todas sus cosas, acciones y palabras iba sintiendo y contemplando la presencia de Dios y aficionándose a las cosas espirituales. De este modo era contemplativo en la acción que solía explicar con la fórmula de que HAY QUE ENCONTRAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS”.*

INTEGRAR...

No tenemos más que una sola vida. Es una sola vida, de niveles diferentes, de interacción profunda. La unidad es la característica más acusada y existente del ser humano. Por eso no podemos hacer de la oración “el sólo necesario” de la vida espiritual con detrimento de la disponibilidad que exige la caridad. Así como no podemos comprometernos en la acción apostólica descuidándose o preocupándose muy poco de la vida interior personal, en la que la oración debe tener un puesto de privilegio.

El amor da la unidad. La caridad, el amor cristiano, por su misma esencia, es unitiva, integradora. A nivel humano lo vemos palpablemente en los que se han enamorado profunda y sinceramente; en los esposos que viven su matrimonio en plenitud; en los que han sido captados por un amor poderoso hacia el arte, la ciencia, la investigación... Todo su ser se concretará sobre el objeto de su amor, todas sus energías se orientan y despliegan poderosamente en una única dirección.

El amor es el que hace la unidad. Esa es su esencia y, a la vez, su fruto precioso: integrar todo el ser espiritual, psíquica y aún físicamente, **porque todo se halla traspasado por el amor** y este se centra en conseguir un objetivo hacia el que orienta todas las facultades del hombre.

El Espíritu Santo...

El Espíritu Santo es el amor personificado del mutuo amor existente entre el Padre y el Hijo. Es la unificación plena del Amor. Toda la vida queda, debe quedar, grabada por esta unidad que es fruto de la acción del Espíritu Santo que actúa conforme a su mismo ser... amor unificador. Esta unificación no es obra de un momento; hay que conquistarla paso a paso con el poder del Espíritu y nuestra cooperación.

El Espíritu Santo produce en la persona la madurez cristiana progresivamente (1 Cor. 3,11). Esto implica la necesidad de dejarse conducir por él (Rom. 8, 15; 5,5). Esta madurez cristiana consiste en que vayamos realizando en nosotros, cada vez más cercana y profundamente, la imagen de Jesús (Rom. 8, 29): sus sentimientos, sus motivaciones, sus criterios, sus enseñanzas... Esta es la función primordial del Espíritu Santo en nosotros. Así

unifica nuestro ser y, consecuentemente nuestro obrar porque Cristo es el hombre unificado por excelencia.

“BUSCAR Y HALLAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS”

No se trata de una búsqueda que se apoye solamente en nuestras fuerzas... se trata de dar con la voluntad de Dios, guiados y animados por el amor. Se trata de una marcha que ya San Ignacio expuso en su “contemplación para alcanzar amor”.

El “hallazgo”, por tanto, es un don gratuito de Dios y no el resultado del esfuerzo del hombre, aunque éste ha de cooperar en la obra de Dios.

Este “hallar a Dios en todas las cosas”, en todo tiempo y en todo lugar, va más allá que la oración formal, aunque sea contemplativa: no se circunscribe al tiempo de recogimiento dedicado a la contemplación silenciosa. Rebase ampliamente esta circunstancia para extenderse a todas las que se puedan presentar.

“Hallar a Dios en todas las cosas”, resume la mística de Ignacio o la contemplación “activa”, que propondrá a sus hijos como experiencia de Dios en la vida ordinaria y en medio de los trabajos más absorbentes. Ignacio concibió una vida mística (contemplativa) que no sólo tenía que compartir con otros los frutos de la contemplación, sino que **DEBÍA “EXPERIMENTAR” A DIOS EN EL BARULLO DE LA ACCIÓN.** Esto fue un desafío a la noción de que la experiencia mística (contemplativa) profunda sólo se podía encontrar en el silencio de una celda monástica o en la soledad profunda del desierto... No. *Se puede experimentar a Dios profunda y gozosamente en las contradicciones, persecuciones y humillaciones angustiantes que necesariamente acompañan una vida activa consagrada al apostolado.*

Y por eso hablaba constantemente de la presencia de Dios y de la necesidad de encontrar a Dios en todas las cosas.

“Hallar a Dios en todas las cosas”, presupone el puro mantenerse en la voluntad de Dios por encima de todas las cosas particulares incluso de las formas religiosas concretas.

SENTIDO DEL “HALLAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS”

1. “Hallar a Dios en todas las cosas” significa encontrar su voluntad.

Lo esencial, no son las consolaciones extraordinarias sino la certeza interior de haber hallado la voluntad divina. Por eso el discernimiento para la búsqueda y elección de esta voluntad es fundamental e insustituible.

2. Hallar a Dios en todas las cosas, significa hallarlo en sus dones.

Los dones de Dios no son el motivo de búsqueda, pero sí son signos de su voluntad, cuando son auténticos. Estos dones o “visitaciones” cuando son auténticos, y aquí ha de entrar el discernimiento, aunque sean dones gratuitos, se convierten en signos

de su voluntad. Lo que importa es hallar al Señor en sus dones ordinarios y extraordinarios pero sin detenerse en ellos, mirar y amar más al Dador.

Los dones son todas las cosas creadas que nos muestran su presencia, porque sólo son signos de él; descienden, como de su fuente, de su infinita riqueza.

3. Hallar a Dios en todas las cosas es “sentirlo” en todas ellas.

La palabra “sentirlo” es equivalente a conocerlo, pero no es un conocimiento por discursos ni por abstracción. *Se trata más bien de un conocimiento del CORAZÓN* que está acompañado de un gusto interior cuyos grados pueden ir desde la consolación simple hasta las más grandes delectaciones de los éxtasis místicos. “Pues no el mucho saber harta y satisface el alma, mas sí el sentir y gustar de las cosas internamente”.

En el “conocimiento del corazón” la inteligencia es una mirada simplificada de una realidad: de una persona, un hecho, un acontecimiento... todo lo que forma el entramado de nuestra vida ordinaria y tiene su expresión en las realidades externas o internas que vivimos. La voluntad que se ejercita en amar, que envuelve con su afecto la mirada simplificada de la inteligencia.

“Sentir” en la terminología ignaciana se refiere principalmente al aspecto de *conocimiento de la voluntad de Dios*. Es descubrir y experimentar una verdad, un hecho, sentimientos, actitudes de Dios y de su voluntad. Es percibir, en el sentirse internamente movido, junto con el paso de Dios, lo que El pretende con ese sentimiento, su voluntad, lo que quiere de nosotros. Pero esto no se realiza tanto por análisis cuanto por una mirada sencilla que penetra, con la gracia y ve en lo íntimo del ser, en un clima de discreción.

El “*gustar internamente*” está dentro del marco de las llamadas consolaciones en las que el amor tiene un puesto de privilegio. Por la gracia divina la persona experimenta en su interior el paso de Dios. Y eso es una experiencia que integra todo el ser en toda su vida interior. Esta integración es obra de la gracia.

Esto EXIGE:

- 1 Toda espiritualidad, en cuanto es una invitación a sobrepasarse a sí mismo, para estar disponible a la voluntad de Dios y a la respuesta generosa que el hombre debe dar a la gracia, supone una **ASCESIS**.
- 2 *La abnegación consiste en liberarse de toda atadura y de toda motivación según el espíritu del mundo para hallarse mejor dispuestos a servir al Señor según su voluntad*. Este desprendimiento abarca el desprendimiento necesario de los bienes terrenos. Es decir, amarlos y usarlos solamente en su fuente, en Dios y para su servicio, que se extiende al bien de los demás. Dios, fuente de todo bien, es quien les confiere su sentido, valor y da el modo de usarlos conforme a su voluntad.
- 3 A esto se llega por un camino abreviado, a través de la obediencia y la razón fundamental *es que la pureza de intención y la mortificación interior, son indispensables* para llegar a ser contemplativos en la acción, encuentra su mejor ejercicio en la obediencia.

La ascesis interior se hace indispensable para hallar a Dios en todas las cosas.

4. Hallar a Dios en todas las cosas, ser contemplativos en la acción significa vivir la voluntad de Dios en el momento presente en FE.

Sería un error hacer dicotomía entre la acción y la oración como dos momentos de nuestra vida que no tienen que ver entre sí. La vida espiritual, bien entendida y realizada implica dos aspectos que se incluyen mutuamente y se complementan: la *ORACIÓN que compromete más con la acción, como expresión de la voluntad de Dios, en una actitud de alabanza, adoración y acción de gracias. La ACCIÓN, llevada a cabo con el deseo de agradar a Dios y servir a nuestros hermanos que nos lanza a la oración, porque Él es la fuente de la eficacia; porque en toda acción está presente su influjo.*

Hallar a Dios en todas las cosas significa que tenemos el corazón y el pensamiento en Él; nuestro espíritu lleno de su presencia en fe, y, al mismo tiempo, que realizamos su voluntad empleándonos a fondo y entregándonos a los quehaceres de la vida, aun los más sencillos o arduos.

Dios nos espera en el momento presente de nuestra acción. Ahí debemos encontrarlo y darle culto a través de la realización, en amor y obediencia filial a su voluntad. Ahí nos insertamos en el plan de Dios y estamos en oración ante ÉL, aunque difiera, en ciertos aspectos, de la oración “fuerte” a la que nos entregamos en el silencio, en la ausencia de ocupaciones, con todo nuestro ser centrado en El amorosamente.

No podremos hallar a Dios en todas las cosas de la vida, realizar su voluntad como hijos, poniéndolo como centro de nuestra cavidad, empapado de obediencia y de amor nuestras obras, *si no es después de un largo ejercicio de oración personal*, en la intimidad de nuestro retiro interior para tratar con Él a solas, despegados de las actividades cotidianas, entregados a El en cuerpo y alma.

De esta manera la vida del cristiano se desarrolla armoniosamente hallando y realizando la voluntad de Dios a través de su jornada y en la cotidianidad de las obras más insignificantes a los ojos de los hombres que miden más por las apariencias que por la actitud y el amor interior.

Esta mística es profundamente ENCARNADA, desde que el ojo del amor percibe a Jesús en los cuerpos rotos de los pobres y marginados.

CONDICIONES PARA “HALLAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS” O “SER CONTEMPLATIVOS EN LA ACCIÓN”.

A. Intención pura y recta.

Intención recta o sea no querer ir contra la ley de Dios. *Intención pura, querer agradar únicamente a Dios sin otras motivaciones.* La motivación que da vida ese querer agradar sólo a Dios, debe ser únicamente el amor a Dios y debe extenderse a todo; nada se excluye de sus dominios (1Cor 10, 31).

Aún el cuidado de las ocupaciones materiales, que lleva consigo, necesariamente, distracciones, puede ser agradable a Dios cuando está motivado por una intención recta y pura.

B. La abnegación interior o salir de sí mismo.

Es un itinerario que el Señor no nos dispensa de recorrer, con su gracia. Debemos desprendernos de nosotros mismos para poder hallar al Señor. Es una *ascesis del corazón*, del amor que busca servir más llegando a considerar, como San Pablo: “basura con tal de ganar a Cristo” (Fil 3, 8)

Esta ascesis se puede sintetizar en varios aspectos:

- 1 ***Despego del mundo***: esos deseos de la naturaleza en cuanto no están sometidos a Dios... El afán de poseer, el ansia de dominio, de hacerse valer, la curiosidad desenfrenada... la ostentación, el lujo brillante, la búsqueda de la vanidad...
- 2 ***El “vencerse a sí mismo”***. Es la ascesis de la voluntad y del propio juicio que se hacen disponibles al Señor, que quitan los obstáculos a la gracia. Es la ascesis del propio corazón. Es la ascesis practicada en la obediencia (el termómetro más sensible y fiel de la disponibilidad interior), practicada en el espíritu de fe y de amor que procura ver la presencia de Dios en la persona del superior.
- 3 ***Ejercitarse largamente en ello***. Los grandes santos de la Iglesia nos certifican, por haber vivido en sí mismos, esta verdad. Es peligroso ilusionarse con el pensamiento de llegar a ser verdaderamente contemplativos en la acción sin un largo y prolongado ejercicio. Se requieren tiempos fuertes de oración; ratos frecuentes de oración suplementaria; ejercicios, a lo largo del día, de este modo de relacionarse con Dios en medio de las ocupaciones diarias, hasta que el fondo de nuestro ser esté presente al Señor, que habita en todo.

C. La familiaridad con Dios en los ejercicios espirituales.

En todas las cosas debemos y podemos hallar a Dios. Pero no todas tienen el mismo valor objetivo como lugar de encuentro con el Señor. Hay una doble categoría de medios: los que unen al hombre con Dios y los que le hacen disponible para con los hombres. Todo ello hay que verificarlo con el discernimiento.

Parece que la gracia particular de Ignacio “fue recordar que la vida espiritual no es, en primer lugar, problema de oración ni problema de acción, sino de una fidelidad a Dios que exige la fidelidad a las tareas divinas” (Guliani).

Aquí se encuentran la familiaridad con Dios, el hallar a Dios en todas las cosas, el “ser contemplativos en la acción”. Y así se da una sana integración de toda la persona que se ejerce más a nivel del corazón nuevo para ver y amar la creación, el hombre, la propia historia con mirada y amor diferente: el de Dios.

D. Examinarse.

Hacer examen de conciencia equivale a confrontar ante Dios la complejidad de

las situaciones por las que el alma pasa a través de su itinerario cotidiano. Es un medio de discernimiento continuo, una atención sostenida, un cuidado serio y pacificante para hacer lo mejor entre la variedad de posibilidades. Es evaluar la vida a la luz de Dios. Es un modo de comunicarse con Dios, un tiempo en que la persona bajo la acción del Espíritu Santo, se acerca confiada a Dios para compartir, en confianza filial, la acción interior y exterior de Dios en ella y su respuesta de generosidad. Cuando se emplea debidamente puede convertirse en un instrumento admirable de crecimiento en la oración y en la intimidad con Dios, al mismo tiempo que se va sensibilizando sobre la acción del Espíritu Santo y de la respuesta que se la ha dado a su acción.

Se trata de un ejercicio de toma de conciencia, para retomar lo cotidiano a la luz de Dios, revisar el camino ya recorrido y prever el que se ha de recorrer. Momento de recogimiento para mantener su acción en el movimiento del Espíritu. Ignacio concede a esta forma de oración el primer lugar, antes de toda otra. Lo exige a todo el mundo. Más que una oración es una MANERA DE VIVIR. Y ciertamente, llegar a ver a Dios en todas las cosas, o verlas desde Dios, es una gracia que hay que pedir con insistencia y humildad, pero, a la vez, tratar de ejercitarse en ella.

E. La atención a lo interior.

Lo esencial de la vida espiritual es la atención al misterio de nuestra relación con Dios y su obra, el Reino y las personas. *Es preciso habituarnos a vivir atentos a la vida, a los acontecimientos y a las personas porque en ellas emerge Dios, está Dios, habita Dios.*

*(Ideas desarrolladas a partir del libro: “Contemplativos en la acción.”
P. Benigno Juanes S.J.)*

Sintetizó Hno. Ramón Benseny / Medellín, mayo 2005